

Sobre dos cuerpos en colisión: *La caja* del Grupo Darte

Mario Kuski Zanatta Salvador

Escuela Nacional Superior de Arte Dramático
kuski.1995@gmail.com

Reseña:

Comentario y análisis de la puesta en escena de *La caja*, del Grupo Darte, así como su valor dentro del contexto de las artes escénicas en la ciudad de Cusco.



La caja, Fotografía de Alexander Ramírez.

«Puede que la humanidad no sea más que una especie animal de duración limitada, que el hombre salido del mono vuelva al mono y que a nadie le importe en lo más mínimo lo singular de esta comedia».

Frederich Nietzsche en *Humano, demasiado humano*.

La última vez que vi *La caja* del Grupo Darte fue en el marco del IV Festival Independiente de Artes Escénicas (organizado por ellos, Teatro Laboratorio Cusco, Intruso Teatro, Compañía Viajera del Sur y Juglar Artes Escénicas), sin duda alguna uno de los eventos artísticos autogestionados más importantes de la ciudad de Cusco. Esa vez fue la tercera. La primera fue el día de su estreno en su espacio. La segunda en el Teatro Municipal (un teatro a la italiana, evidentemente más grande), en el marco del V Festival de Artes Escénicas Cusco. Esta tercera, la última, fue nuevamente en «casa», Casa Darte, el espacio que ellos gestionan, el lugar donde esta obra se creó, pulió y ensayó; el sitio donde la proximidad juega el papel de aliado y la técnica se convierte en una acompañante constante.

Si bien las tres veces que pude ver la obra me quedé con sensaciones diversas, todas enmarcadas en una línea temática que iba desde la intimidad de una pareja (y sus colisiones) hasta el de dos seres en el universo (y sus colisiones), durante esas presentaciones siempre se mantuvo esta sensación de conflicto, de enfrentamiento, de choque. No solo en el sentido de lo que se generaba dentro de la escena, sino de todo el aparataje técnico, empírico y humano que hay detrás. Colisión entre mundos (el francés de Charlotte y el cusqueño de Mauricio), entre la formación en danza de ella y la de teatro de él, y del resto de elementos guardados dentro de esa caja que desconocemos y únicamente podemos ver o intuir cuando vemos a estos cuerpos saliendo de ella. Una colisión que gracias al trabajo, la persistencia y una gran disciplina resulta en una coalición escénica tan bien cuidada como *La caja*.

En esta obra vemos en primera instancia dos cuerpos que, enmarcados en la proyección de la frase de Nietzsche puesta al inicio de

esta reseña y el ruido de algunos animales, empiezan a nacer y a reconocer sus dinámicas corporales, como dos salvajes (y, por ende, como nosotros también), como dos seres que fungen de puntos cercanos en una parte del universo y que comparten entre sí el ritmo, la repetición, el movimiento y (quizás) la necesidad de estar juntos. Nacen para dejar de ser solo energía estática, para convertirse en una fuerza que traza líneas en el espacio y tiempo, generando vida y contrastes.

De ahí en adelante, *La caja* asume la fragmentación como estructura dramática para presentarnos situaciones que se basan en esencia en el diálogo y el enfrentamiento de dos cuerpos. La vida en pareja, el ser hombre, el ser mujer, el ser ambas cosas y tener que vivir juntos y tener que compartir un rol social. Situaciones en que los humanos (que muchas veces gustan asumir ser muy distintos a los animales) abren sus propias cajas para provocar un desborde de emociones en donde la pasión puede volcarse en un grito o un golpe, en un rugido o una zarpada, en actos salvajes de desborde emocional que escapa de lo social, de lo correcto o de lo que pretendemos debería ser nuestro comportamiento como «animales superiores», humanos.

En este producto del Grupo Darte, ambos cuerpos son protagonistas. Destacan, danzan, viven, saltan e incluso en un momento llegan a rozar el vuelo. Todo ello gracias a un gran despliegue físico que se sostiene en la precisión de sus secuencias, en la rigurosidad de su ejecución y en la multidisciplinariedad de la puesta (que además de teatro y danza, incorpora muy bien diversos recursos circenses), característica que lamentablemente no es muy usual en el medio teatral cusqueño. Además de los cuerpos, en el montaje prima la presencia de la caja, como el objeto que mueve a nivel técnico las dinámicas de la escena y que al



La caja. Fotografía de Alexander Ramírez.

mismo tiempo significa el espacio donde uno se puede encerrar, intencionalmente o no, para permanecer al reparo de las muchas veces violentas expresiones humanas.

En ese andar, la obra se apoya también en la música y los sonidos, los cuales están presentes en su justa medida y hacen de un complemento justo. Del mismo modo funciona el vestuario y el resto de los objetos en escena, los cuales se encuentran al servicio de la obra con bastante precisión y claridad. En estas cuestiones técnicas, algo que quizás se podría reclamar es una mayor eficacia en el intermedio entre cada escena, ya que en ocasiones se prolonga en exceso y le resta a aquella gran precisión a la que por grandes tramos de la obra acostumbran al espectador.

Las relaciones humanas en todas estas escenas parecen mantener un estándar básico. Ambos protagonistas asumen las tensiones como parte de una cotidianeidad que pareciera ya haber sido asumida como «normal», a pesar de que en esta encontremos rasgos de salvajismo que pueden tomar la forma de violencia de género, ataques de ira o pérdida de la paciencia. Sin embargo, en un momento algo se quiebra en esta relación, se genera una colisión definitiva que rompe estos esquemas normalizados provocando una suerte de despertar, de salir, de querer escapar. Este rompimiento no es entre ellos, no se trata de descubrir que ambos forman parte de una relación tóxica provocada y sostenida por ellos, sino de entender que hay algo más allá, que existe una caja más grande en la que nos encontramos viviendo, como seres salvajes, como animales. Es en esta colisión que nacen

las ganas de huir, y después de un apagón (que como recurso hace de quiebre entre escenas) nos encontramos a Charlotte y Mauricio suspendidos en el aire gracias a una polea, rozando el vuelo, con sus cuerpos al alcance del espectador y el vértigo traspasando la cuarta pared.

Después de esto, finaliza *La caja*. Regresando al génesis, a esta sensación animal en la que todo empezó. Nuevamente con estos cuerpos, ahora transformados por el cansancio, los encuentros, los choques y el tiempo, buscándose el uno al otro, compartiendo movimientos, el ritmo y esta repetición, que en cierto modo es otra de esas cajas en las que como seres humanos nos encontramos encerrados.

No cabe duda que este trabajo escénico es uno de los puntos más altos en el ámbito artístico cusqueño, no solo por el enorme despliegue técnico y la disciplina de ambos, sino por la capacidad de generar interpretaciones nuevas y poderosas una y otra vez. En ese sentido, me gustaría resaltar, además, el gran trabajo que Charlotte y Mauricio hacen en la Ciudad Imperial no solo como artistas, sino como gestores de un espacio tan valioso como lo es su hogar, Casa Darte, en paralelo a su faceta como creadores.

La caja además de ser un testimonio concreto de que fuera de Lima se pueden encontrar productos escénicos de gran calidad, es también un gesto de resistencia a un contexto muchas veces hostil a lo artístico, un gesto lindo y al mismo tiempo fuerte, que en su belleza no le tiene miedo al reclamo, que desde la intimidad cusqueña es capaz de traspasar fronteras y que nos recuerda que, para nuestro alivio, finalmente el arte en su universalidad tiene la capacidad de ser para todos(as).

FICHA TÉCNICA DE LA OBRA

Obra:

La caja

Dirección y coreografía:

Creación colectiva del Grupo Darte (Cusco), conformado por Charlotte Giusti y Mauricio Rueda.

Luces:

Bill Henry Quispe.

Elenco:

Charlotte Giusti y Mauricio Rueda.

Fecha y lugar de estreno:

Domingo 18 de noviembre del 2018.
Casa Darte, ubicada en la Av. Micaela Bastidas 331, Wanchaq, Cusco.

Fecha y lugar de función reseñada:

Jueves 17 de octubre del 2019,
también en Casa Darte.